

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los ar-  
tículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio  
postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: J. E. PATIÑO LINARES

Volumen XXXIV - Bogotá (Colombia) Junio, Julio y Agosto de 1939 - Nos. 331 a 333

## La influencia del campo en Vergara y Vergara

(Especial para esta Revista)

No conocí a Vergara y Vergara. Mal podía conocerlo si él se había marchado de este valle de lágrimas mucho antes de que yo llegara. Sin embargo, le conocí muy temprano y muy íntimamente a través de un viejo libro con que topé de niño en una de mis incursiones a la biblioteca de mi casa. El libro de pasta violeta con rayas negras que en la primera cara tiene un letrero dorado que dice: *Artículos literarios de Vergara y Vergara*, fue uno de mis mejores compañeros de infancia. "Los Buitres", "El Viento", "El último Abencerraje", eran mis favoritos. Y cuando más tarde he venido a repasar con ojos cansados por la vida, el tomo de la edición de Londres, he vuelto a encontrar en ellos la misma fresca impresión de la primera lectura y he dado en meditar en la influencia profunda que tuvo en Vergara su vivir campesino de los primeros años.

Cierto, ciertísimo, que en su formación literaria, y en su manera de ser espiritual, hallamos fácilmente las huellas de sus escapadas a las rocas de La Letra, cuando pasaba horas enteras expiando el vuelo de las águilas, tratando de adivinar en el ojo quieto y duro del buitre viejo la intención del vuelo que preparaba sobre los corrales de Casablanca. Fue-



Nova et vetera

Rogamos a los lectores excusar el error cometido en la página 329, donde en vez de la fecha «1538 - 1938» ha debido quedar la siguiente:

1539 - 1939

ron tántas las veces que subió el chico a las empinadas peñas, que los buitres, los gavilanes, las lechuzas y todos los extraños habitantes de las grietas y barrancos de aquellas lomas, lejos de huirle le veían llegar sin temor, y aparece como si se hubiera familiarizado con su presencia. Quizá, quizá —él no lo cuenta— le esperaron las aves impacientes y nostálgicas en las tardes cuando la aprensión o el castigo maternos, o el afán de reducir al chiquero, en la hora bulliosa del encierro, a un ternero retozón, demoraron en la casa o en la manga al hidalguete moreno y avisgado.

El viento, el rey caprichoso, que en esa región de la sabana tiene una gama de sonoridades especialmente variada y múltiple, le dejó un recuerdo y le inspiró una filosofía que acompañan e influyen su obra simpática a todo lo largo de su vida esencialmente bondadosa y afectiva. Simpática hemos dicho, y esa es la palabra que cuadra en todo lo que a la persona de Vergara se refiere. La simpatía fue el dón de su existencia y ha sido el amuleto que ha defendido su memoria delatante de la crítica suspicaz de las generaciones que se han sucedido en el redondel de nuestras letras después de que sus fieles compañeros de “El Mosaico” acomodaron con mimo fraternal en el ataúd la cabeza de su patrono y fundador empalidecida por la muerte.

“Desconocía casi todas las ciencias y ni sus creencias ni sus ideas eran razonadas. Unas y otras le venían del sentimiento”. . . . “Vergara no tenía en política sino un programa elemental y sencillo; defender al vencido”. En estas frases certeras de don José María Samper, el más atinado de sus biógrafos, queremos hallar también una ciencia de la más pura extracción campesina. El hombre de inteligencia y de raza que ha sufrido en su infancia libremente dentro de un hogar amplio y noble, la influencia del mundo campesino, difícilmente trocará el sentimiento por la razón; quien de niño ha vivido en la sociedad de esos hombres magros y tristes de nuestras haciendas, y al anochecer a la lumbre del fogón en la enorme cocina, ha escuchado de sus labios gruesos e ineducados, relatos de caza y de rodeos, entreverados de sentencias cortas y profundas, difícilmente dejará de penetrarse de la idea de que en ellos mora el eterno vencimiento y reside la única fuerza nacional digna de cultivo y atención.

Afuera sacude el viento las ramas de los árboles, hace chirriar las resecaas puertas de golpe de las corralejas. A distancia aúllan lastimeros los mastines. Penetra en la cocina con ñor Matías, que viene de lejos, una ráfaga de frío. “Al otro lado del monte debe de haber habido ahorcado según está la noche, ladran desesperados los perros”, dice el viejo mientras se acomoda cerca de la lumbre. Se santigua Dominga la casera que tiene la confianza de los amos, y todos en silencio miran medrosos en una misma dirección. Es la hora en que se oye la voz de una mujer encabezando el rosario. El espanto tradicional de Casablanca . . . las ánimas benditas lo contestan en coro.

A menudo delante del niño que traen las familias a educarse en la ciudad, me he preguntado con angustia qué nos proponemos los padres cuando arrancamos demasiado temprano a nuestros hijos del calor de la familia y del contacto con la naturaleza para enjaularlos en estas descremadoras de sentimientos, cercenadoras de imaginación que llamamos colegios y no puedo dejar de pensar al propio tiempo en que esa frescura de entendimiento, esa ingenuidad, esa sencillez de estilo que hacen y mantienen la persona y la obra de Vergara, hijas son de su infancia campesina, infancia que se prolongó en su espíritu hasta el último día de su vida.

Su libro de artículos literarios, en el que mejor se transparentan estas cosas, ha venido pasando por las manos de las mujeres, únicas que saben descubrir y aprisionar los veneros sentimentales, a las manos y a los corazones de los hijos. Así se ha salvado para la Colombia positivista y unitaria de nosotros este libro encantador que trae con flores disecadas entre sus páginas, a la usanza vieja, el aromado recuerdo de la Colombia romántica y federal de nuestros padres.

**TOMAS RUEDA VARGAS**

Consiliario de este Colegio Mayor.